

lo califique de incendiario. Dudo pues que sea prudente intentar esta acusacion sin reunir antes las pruebas suficientes; si en efecto llegan á reunirse datos, entonces podrá ser útil convocarnos de nuevo, y entonces daremos nuestro parecer.»

Maynard vino á decir lo mismo, y añadió que la palabra incendiario no estaba muy en boga en Inglaterra, y daría lugar á incertidumbres. Hollis, Stapleton y Merrick se aferraron en su plan, diciendo que Cromwell no tenía tanta influencia en la cámara; que se encargaban de acusarlo, y que recordaban muy bien hechos y palabras que le hacían culpable; pero los comisionados escoceses rehusaron empeñarse en esta lucha. A las dos de la madrugada se retiraron Maynard y Whitelocke, y la conferencia no tuvo otro resultado que escitar á Cromwell á que redoblase sus golpes, puesto que, «algun falso hermano» dijo Whitelocke (quizá fue él mismo) le informó de lo pasado.

Essex y sus amigos buscaron al mal otro remedio: todas sus ideas se volvieron hácia la paz. Nunca las cámaras la habian puesto en olvido; á veces se hacían solemnes mociones, en que la voz del presidente decidía de la suerte del país; los embajadores de Francia y de Holanda pasaban sin cesar de Lóndres á Oxford, ofreciendo su mediacion, rara vez sincera, y siempre eludida aunque con embarazo. Eran tantos los que deseaban la paz, que nadie osaba contrariarla abiertamente, y hacia dos meses que una junta de miembros de ambas cámaras y de los comisionados escoceses trabajaba en redactar las proposiciones. De repente activó este trabajo el partido presbiteriano, y en pocos dias las proposiciones fueron presentadas á las cámaras, discutidas y adoptadas, de manera que el 20 de noviembre partieron nueve comisionados para llevarlas al rey. Creíanle en Wallingford, y se presentaron delante de la plaza; á las dos horas se les recibió por fin para decirles que el rey habia partido y que le encontrarían probablemente en Oxford. Deseaban hacer noche en Wallingford; pero en vista de las amenazas de la guarnicion, juzgaron prudente retirarse. Al dia siguiente, cercanos ya de Oxford, se detuvieron sobre una colina á quinientos pasos de la ciudad, y se hicieron anunciar al gobernador. Trascurrieron algunas horas, y no llegaba respuesta. El rey, paseándose en su jardin, percibió sobre la colina el grupo que formaban los comisionados y su séquito, preguntó quien eran, y dió al instante orden para que fuesen introducidos y alojados, espresándoles cuanto sentía haberles hecho esperar tanto. A su tránsito por las calles se agrupaba el gentío, los llenaba de insultos, y

aun les echaba piedras y lodo. No bien habian llegado á su alojamiento, cuando estalló un tumulto; Hollis y Whitelocke salieron al instante; algunos oficiales realistas llamaban *miserables, traidores y rebeldes* á los del séquito de los comisionados, y no querian permitir que se acercasen al hogar. Hollis cogió por el cuello á uno de los oficiales, y lo sacó á fuera, echándole en cara su conducta. Whitelocke hizo otro tanto; se cerraron las puertas de la posada, y el gobernador les dió una guardia. Al anoecer, muchos miembros del consejo, Hyde entre ellos, pasaron á ver á los comisionados, escusaron tales desórdenes, les dieron muestras de sus deseos pacíficos y les participaron que el rey los recibiría al dia siguiente.

La audiencia fue corta: lord Denbigh leyó en alta voz en presencia del consejo y de la córte las proposiciones del parlamento, tales que el rey no podía aceptarlas; se le pedía que entregase su poder á la desconfianza de las cámaras, y su partido á la venganza; mas de una vez se oyó entre los presentes un murmullo de cólera; sobre todo, cuando se leyó que quedaban escluidos de toda amnistía los príncipes Roberto y Mauricio, que estaban presentes, todos se echaron á reir; pero el rey les impuso silencio con mirar severo, y continuó escuchando con paciencia y gravedad. Concluida la lectura:

«¿Teneis poderes para tratar? dijo á lord Denbigh.

—No señor; nuestra mision consiste en presentar á V. M. las proposiciones, y á solicitar su respuesta por escrito.—Está bien, os la enviaré asi que pueda;» y los comisionados se retiraron.

Al anoecer, Hollis y Whitelocke con asentimiento de sus colegas hicieron una visita á lord Denbigh, gentil-hombre de cámara, en otro tiempo amigo suyo, y á quien sus heridas habian impedido pasar á verlos. No habia trascurrido un cuarto de hora cuando entró el rey y les dijo con muestras de afecto:

«Siento mucho que no me hayais hecho proposiciones mas razonables.

—Señor, dijo Hollis, son las que el parlamento ha creído deber adoptar, y espero que podrán tener buenos resultados.

*El Rey*: Lo sé; no podiais traer mas que lo que os entregaban, pero confieso que algunas de estas proposiciones me han admirado sobre manera; seguramente no podeis creer que la razon y el honor me permitan acceder á ellas.

*Hollis*: Bien es verdad que yo las hubiera deseado mejores; pero la mayoría...

*El Rey* : Harto presumo que vos y vuestros amigos habreis hecho esfuerzos para ello : me consta que deseais la paz.

*Whitelocke* : He tenido el honor de acercarme con este deseo á V. M., y siento no haberlo alcanzado.

*El Rey* : Desearia que todos pensasen como vosotros, pues entonces concluiria pronto la querella ; quiero tambien la paz, y en prueba de ello y para probaros la confianza que pongo en los dos, os pido vuestros consejos tocante á la respuesta que debo dar á estas proposiciones para que produzcan la paz.

*Hollis* : Disimule V. M. si en la actualidad no podemos dar una respuesta.

*Whitelocke* : Solo casualmente nos encontramos aqui, y nuestras funciones no nos permiten aconsejarle, aunque fuésemos capaces de ello.

*El rey* : Tocante á la capacidad yo lo juzgo ; por lo demás, solo á titulo de amistad y como leales súbditos os pido vuestra opinion.

*Hollis* : Señor, como simple particular creo que vuestra mejor respuesta seria venirse con nosotros.

*El rey* : ¿Como podria yo volver á Lóndres con seguridad?

*Hollis* : Creo que ningun peligro correria V. M.

*El rey* : Esto es intrincado, y supongo que los que os han enviado quieren una pronta respuesta á este mensaje.

*Whitelocke* : La mejor seguramente y la mas pronta seria que V. M. se presentase á su parlamento.

*El rey* : Dejemos esto ; permitidme rogaros que entreis en la otra sala, que conferencieis juntos, y pongais por escrito lo que debo responder en bien de la paz.

*Hollis* : Obedeceremos la órden de V. M.»

Pasaron á la sala contigua, y despues de vacilar un momento escribió Whitelocke disimulando su forma de letra el consejo que el rey pedia ; y dejando el papel sobre la mesa volvieron al otro aposento. El rey entró solo en el que dejaban, tomó el papel, saludó cortesmente á los dos comisionados y se retiró. Volvieron estos á su posada, y guardaron con sus amigos un profundo silencio sobre lo que les acababa de suceder.

Tres dias despues llamó el rey á la comision, y entregando á lord Denbigh un pliego cerrado y sin sobrescrito : «Esta es, les dijo, mi respuesta, llevádsela al que os ha enviado.» Admirados de este proceder y de la obstinacion del rey en no querer dar á las cámaras el nombre de parlamento, pidió el conde permiso para retirarse un momento con sus

colegas á fin de deliberar sobre lo que debian practicar. «¿A qué deliberar? dijo el rey ; no teneis poder para tratar ; asi me lo dijisteis al llegar, y sé que desde entonces no habeis recibido correo.» Lord Denbigh insistió alegando que la comision presentaria tal vez observaciones á S. M.



LORD BROOK.

«Señores, dijo vivamente el rey, recibiré cuanto me presentéis de Lóndres, pero nada de cuanto hayais forjado en Oxford : con vuestro permiso, no me cogereis.—Señor, respondió el conde, no somos gente capaz de tender lazos á nadie.—No lo digo por vosotros.—Permitanos V. M. al menos preguntar á quien se dirige este papel.—Es mi respuesta, y

debeis recibirla mas que fuese un romance de Robin-Hood.—El negocio que nos trajo aquí es algo mas grave que un romance.—Lo sé, pero os lo repito, dijisteis que no teniais poderes para tratar; mi memoria es tan buena como la vuestra: solo os encargaron que me entregaseis las proposiciones: un postillon hubiera podido hacer lo mismo.—Presumo que V. M. no nos toma por postillones.—No digo esto; pero aquí está mi respuesta que debeis tomar: á nada mas estoy obligado.»

A cada momento se agriaba la conversacion, en vano Hollis y Pierpoint probaron á hacer decir al rey que dirigia su mensaje á las dos cámaras. Los comisionados tuvieron al cabo que decidirse á recibir la respuesta, y salieron. Por la noche pasó á su domicilio Athburnham, criado de cámara del rey, y les dijo: «S. M. se acuerda de que en un momento de enfado soltó algunas palabras que tal vez podrian ofenderos, y me manda aseguraros que no fue tal su intencion en modo alguno.» Los comisionados protestaron su respetuosa deferencia á las palabras del rey, y partieron para Lóndres, seguidos de un trompeta encargado de recibir la respuesta del parlamento al pliego cerrado que traian.

Limitábase el contenido de este, á pedir un salvo-conducto para el duque de Richmond y el conde de Southampton, por medio de los cuales prometia el rey enviar dentro de pocos dias una respuesta mas esplicita. Concedióse al instante un salvo-conducto y se dió audiencia á los dos lores en cuanto se presentaron. No traian todavía ninguna respuesta; su mision oficial no tenia otro objeto que solicitar se abriesen conferencias y se nombrasen de una y otra parte negociadores para tratar de la paz. Pero, habiendo entregado este mensaje, siguieron los comisionados permaneciendo en Lóndres, dando lugar á que se dijera que se les reunian muchos sospechosos, lo cual no consistia sino en que varios miembros de la cámara baja pasaban á conferenciar con ellos. La municipalidad, en la que dominaban los independientes, manifestó la mas viva inquietud. Se invitó á los dos lores á que partiesen, pero permanecieron bajo frívolos pretestos. Subia de punto la agitacion; las pasiones del pueblo amenazaban estallar antes que surtiesen efecto las intrigas del partido. Instigados por los amigos mismos de la paz, los dos lores volvieron por último á Oxford, y á las tres semanas de su partida se determinó que cuarenta comisionados, los veinte y tres en nombre de los parlamentos de ambos reinos, y los diez y siete en nombre del rey se reunirían en Uxbridge para discutir con regularidad las condiciones de un tratado.

Sin embargo, mientras los presbiterianos preparaban la paz, los in-

dependientes se apoderaban de la guerra. El 9 de diciembre se habian reunido los diputados del pueblo para tomar en consideracion los padecimientos públicos y buscar algun remedio á ellos; nadie pedia la palabra: parecia que aguardaban todos alguna medida decisiva cuya responsabilidad se queria eludir. Despues de un largo silencio se levantó Cromwell: «Fuerza es hablar hoy día, dijo, ó callar para siempre. No se trata nada menos que de salvar una nacion ensangrentada y casi moribunda del deplorable estado á que la ha reducido la prolongacion de la guerra. Si no la continuamos de una manera mas enérgica, mas rápida y mas eficaz, si solo peleamos como aventureros que únicamente medran con los combates, el reino se cansará de nosotros y llegará á serle odioso el nombre de parlamento. ¿Qué dicen nuestros enemigos? aun mas; ¿qué dicen muchos que eran amigos nuestros al abrirse este parlamento?... Que los miembros de ambas cámaras han alcanzado grandes empleos y mandos; que tienen la espada en la mano, porque con su influjo en el parlamento y su autoridad en el ejército quieren perpetuar su grandeza, y que estos tales no permitirán que la guerra se acabe por temor de que con ella no se acabe tambien su poder. Lo que digo aquí delante de todos es lo mismo que se dice secretamente en todas partes. No aplicaré mis palabras á nadie; conozco el mérito de los generales, miembros de las cámaras, á los que se ha confiado el mando: pero, para aliviar mi conciencia, digo que si no se da otra direccion al ejército, si no se sigue con mas vigor la guerra, el pueblo no podrá soportarla por mas tiempo y os obligará á aceptar una paz deshonrosa. Guardaos bien de dirigir acusaciones contra los comandantes en jefe; muchas faltas tendria que echarme en cara yo mismo y sé cuan difícil se hace evitarlas en la guerra. Desterremos toda idea de informacion sobre las causas del mal, y apliquémonos á buscar el remedio: creo que todos tenemos el corazon inglés para no titubear en hacer al bien público el sacrificio del interés personal, y no ofendernos de lo que decida el parlamento.—Esto es innegable, repuso al instante otro miembro; cualquiera que sea la causa, he aquí que se han terminado dos campañas y aun no estamos libres de riesgo. Parece que nuestras victorias, precio de una sangre inestimable, ganadas con tanto denuedo, y concedidas por el Señor, han sido guardadas en una arca sin fondo: lo que ganamos hoy se pierde mañana; las ventajas obtenidas en verano, sirven solo para las conversaciones del invierno; las correrias acaban con el otoño y vuelven á principiarse con la primavera, como si la sangre derramada debiese solo fertilizar los campos de batalla para hacer retoñar nuevas

lides. Nada decidiré sobre este punto : pero si digo que la division de nuestras fuerzas al mando de distintos jefes y la falta de armonía entre ellos ha dañado mucho á nuestra causa.— Solo veo un medio para acabar con todo esto : » dijo Zouch Tate, fanático obscuro que nunca pudo medrar ; y es, que cada cual renuncie francamente á sí mismo. Propongo que ningun miembro de una ni otra cámara pueda durante esta guerra poseer ni ejercer ningun empleo ni mando civil ó militar , y que esto se consignará por medio de un decreto.»

La proposicion no era nueva : ya el año anterior por incidencia y sin efecto se habia manifestado una idea semejante en la cámara alta ; y por aquel tiempo tambien , atendido sin duda al clamor público , habian mandado hacer las dos cámaras una informacion acerca del número y del valor de toda suerte de empleos ocupados por miembros del parlamento. Ora fuese de intento ó por embarazo, titubearon los presbiterianos en rechazar la proposicion de Tate, y pasó casi sin objecion. Pero, á los dos dias, cuando volvió á presentarse bajo la forma de un decreto definitivo, la discusion fué larga y muy viva, y se renovó cuatro veces en ocho dias. Era evidente que se trataba de quitar el poder ejecutivo á los políticos moderados, á los presbiterianos, y á los primeros jefes de la revolucion ; que se les queria confinar en Westminster y levantar un ejército extraño al parlamento. En cada sesion se iba empeñando la resistencia cada vez con mas violencia, y se declararon contra la medida algunos de los miembros que acostumbraban contemporizar con el partido independiente : « Bien sabeis , dijo Whitelocke, que entre los griegos y romanes, se confiaban á los senadores los mayores cargos militares ó civiles, creyéndose que unidos mas íntimamente con el senado y siendo testigos de sus deliberaciones, comprenderian mejor los negocios públicos y faltarian menos á su deber. Asi lo han practicado nuestros mayores ; en todos tiempos han mirado á los miembros del parlamento como hombres los mas á propósito para cargos eminentes : seguid, os ruego, su ejemplo, y no os priveis voluntariamente de vuestros mas seguros y mas útiles servidores.» Otros se adelantaron hasta denunciar abiertamente la ambicion oculta de sus rivales. « Se habla, dijeron, de renunciar cada cual á sí mismo : este será el triunfo de la envidia y del interés personal.» Pero el público no hacia caso de estas predicciones ; el partido presbiteriano se iba desmoronando, y muchos veian su ruina sin pesar ; de manera que si bien los independientes estaban distantes de tener una mayoría en la cámara, sin embargo su proposicion salió victoriosa ; en vano por última

prueba pidieron los amigos de Essex que solo él fuese esceptuado de la medida ; esta peticion fue desechada, y el 21 fue definitivamente adoptado el decreto y presentado á los lores.

Con estos confiaban los presbiterianos, pues era imperioso el interés de la cámara en desechar la medida, por cuanto heria á todos sus miembros, y les arrebatava el resto de poder que les quedaba. Pero, para hacer frente á aquella medida debian grangearse popularidad, y desterrar toda sospecha de connivencia con la córte de Oxford, contentando asi las pasiones del pueblo presbiteriano. Continuáronse con este fin cuatro causas hacia tiempo olvidadas ; la de lord Maeguire, como cómplice de la insurreccion de Irlanda ; la de los Hotham padre é hijo, por haber intentado entregar al rey la plaza de Hull ; la de sir Alejandro Carew, por una tentativa igual con la isla de san Nicolás de que era gobernador ; y la de Laud en fin, tantas veces emprendida y otras tantas abandonada.

Los cuatro primeros eran culpables de delitos recientes , legalmente probados, y que podian encontrar imitadores ; pero Laud, encarcelado durante cuatro años, anciano y enfermo, solo podia responder de la parte que habia tomado en una tiranía ya vencida. A la manera que con la causa de Strafford , fue imposible probar que se hallase culpado de alta traicion legal. Para condenarle como á aquel por medio de un bill extraordinario era preciso el consentimiento del rey : no obstante, los odios teológicos son tan sutiles como implacables. Entre los que entendian de la causa se encontraba aquel mismo Prynne á quien en otro tiempo hizo Laud mutilar bárbaramente, y que anhelaba solo venganza. Despues de largos debates en que dió muestra el arzobispo de suma habilidad y prudencia, un simple decreto de las dos cámaras, votado solo por siete lores é ilegal aun insiguiendo todas las tradiciones de la tiranía parlamentaria , pronunció su sentencia de muerte. Murió con valor, despreciando á sus enemigos, y temiendo solo por el porvenir del rey. Igual fin tuvieron las demás causas ; de modo que en seis semanas se levantó cinco veces el cadalso en Tower-Hill, cosa inaudita desde el origen de la revolucion. Encaminábanse al mismo fin las medidas de orden general.

Ocho dias antes de la ejecucion de Laud fue definitivamente abolido el rito de la iglesia anglicana, hasta entonces tolerado, y recibió la sancion del parlamento, á peticion de la asamblea de teólogos, un libro titulado *Direccion del culto público*. No ignoraban los jefes del partido que esta innovacion encontraria resistencia, y se les daba poco de ello, pensando solo que para retener un poder vacilante necesitaban de todo el

apoyo de los presbiterianos fanáticos, á quienes nada negaban por lo mismo. Los independientes por su parte no perdonaban medio para hacer adoptar en la cámara alta el decreto decisivo; volvian á la carga con peticiones, algunas de ellas amenazadoras, y pedian que los lores y los diputados formasen una sola asamblea. Prescribióse un ayuno solemne para pedir las luces al Señor en tan grave deliberacion; ambas cámaras asistieron solas á los sermones que se predicaron aquellos dias en Westminster, sin duda para dar mas libertad al orador, que Vane y Cromwell habian elegido. Por último, despues de mensajes y repetidas conferencias pasaron en cuerpo los diputados á la cámara alta para reclamar la adopcion del decreto; pero los lores habian tomado ya su resolucion, y fue desechada la medida el mismo dia en que se daba tan pomposo paso.

Grande parecia la victoria, y propicio el momento para aprovecharla puesto que se acercaban las negociaciones de Uxbridge. A instancia de los miembros fugitivos que acababan de abrir en Oxford su segunda legislatura, consintió Cárlos en dar á las cámaras de Westminster el nombre de parlamento. Pero al mismo tiempo escribia á la reina: «Si hubiese tenido en mi consejo, solo dos personas de mi parecer, jamás hubiera cedido.» Habia al propio tiempo nombrado sus comisionados, que casi todos deseaban la paz. Solo entre los del parlamento habia tres, Vane, Saint-Jhon y Prideaux, que estaban por la guerra. El 29 de enero llegaron los negociadores á Uxbridge, animados de rectas intenciones y llenos de esperanza.

Recibiéronse mutuamente con afabilidad y cortesía; todos se conocian desde mucho tiempo, y muchos eran íntimos amigos antes de estas funestas disensiones. La tarde misma de su llegada se visitaron espontáneamente felicitándose por su mision de paz Hyde, Colepepper, Palmer, Whitelocke, Hollis y Pierpoint. Notábase sin embargo mas embarazo y reserva en los comisionados de Westminster, en razon de que su dueño era mas desconfiado. Las negociaciones debian durar veinte dias, y tenian especialmente por objeto la religion, la milicia y la Irlanda. Se decidió que cada una de estas cuestiones se ventilaria durante tres dias. Mientras se trató solamente de los preliminares, todo fue fácil, la confianza y la política eran francas; pero no bien empezó la discusion oficial, cuando todo fueron ya dificultades. Cada una de las fracciones parlamentarias tenia su interés fundamental del que nada queria ceder: los presbiterianos aspiraban al establecimiento privilegiado de su iglesia, los

políticos al mando de la milicia, y los independientes á la libertad de conciencia; y el rey obligado á ceder á todos, obtenia solo sacrificios de unos que negaban los otros. Uno y otro partido se preguntaba además si con la paz quedaria dueño del poder. El debate sobre religion se hizo teológico; todos querian tener razon, y la paz era lo de menos. Poco á poco se agriaron las demás cuestiones. Entre los comisionados de Oxford, Hyde sobre todo era consultado por los de Westminster que conocian su crédito y sus conocimientos. Lord Lowden, canceller de Escocia, y los condes Pembroke y de Denbigh hablaron con él larga y amistosamente acerca de los peligros del porvenir, de los siniestros planes que fermentaban en el parlamento, y de la necesidad en que se encontraba el rey de ceder en mucho para salvarlo todo. Hyde los escuchaba, pero la susceptibilidad de su amor propio, su arrogancia y tono áspero, y su desdenosa probidad, ofendian casi siempre á los que habian anhelado ganarse su voluntad. El menor incidente embrollaba la situacion.

Un dia de mercado, en la iglesia de Uxbridge y delante de un pueblo numeroso, Love, predicador fanático llegado de Lóndres, habló con la mayor violencia contra los realistas y el tratado: «De él, dijo, nada podemos esperar de bueno; esos hombres han venido de Oxford con el corazon ensangrentado; quieren solo divertir al pueblo esperando coyuntura para dañarle: entre este tratado y la paz hay tanta distancia como entre el cielo y el infierno.» Los comisionados del rey pidieron que se castigase á semejante energúmeno; pero los de Westminster solo se atrevieron á desterrarlo de Uxbridge. Corrian alarmantes rumores sobre las verdaderas intenciones del rey: cediendo, decian, á los deseos de su consejo por nada anhelaba menos que por la paz: promete á la reina no obrar nada sin su consentimiento, y procura fomentar las disensiones interiores de las cámaras. Sospechábase además que trataba clandestinamente con los papistas de Irlanda, y las mas solemnes propuestas de sus comisionados no podian disipar sobre este punto las desconfianzas.

Acercábase entre tanto el término prefijado á las negociaciones, y el parlamento no se mostraba dispuesto á prolongarlas. Desolados los amigos de la paz viendo que iban á separarse sin resultado, intentaron el último esfuerzo. Parecióles que seria eficaz alguna concesion del rey sobre la milicia, como por ejemplo si ofrecia confiar por algunos años su mando á jefes, la mitad nombrados por las cámaras. Lord Southampton partió inmediatamente para Oxford á obtener el consentimiento del rey. Negóse al pronto Cárlos, pero el conde insistió; y como